

# LA DISCIPLINA OS HARÁ LIBRES

MONOGRAFICO  
"DOGMA 95"

**A**nte todo, es obligación del que esto firma declarar que el epígrafe que encabeza este artículo no pretende, en ningún caso, ser proclama de una nueva (¡que el Altísimo lo evite!) reforma educativa y, sobre todo, que si éste remite —aunque sólo para visiones simples— a un cierto espíritu neonazi, no es por falta de memoria histórica. Lo cierto es que bajo esa soflama, digna de la arena de un Leon Bloy, se reúnen dos conceptos que nuestro tiempo ha convertido arbitrariamente en antagónicos: disciplina y libertad. A ellos y a su uso por unos “Hombres del Norte” dedicamos estas letras.

Una primera e inevitable cuestión se nos plantea: ¿es realmente posible conjugar ambos conceptos? ¿Es cierto, como pretenden estos autores, que toda vuelta a la esencia, a la raíz, pasa por la renuncia, por las limitaciones autoimpuestas y, en definitiva, por el voto de castidad (como significativamente encabezan los dogmáticos su decálogo)?

En palabras del propio Søren Kragh-Jacobsen — el tercer realizador en estampar su firma al pie del certificado del grupo— “aunque se piensa que es una limitación, una camisa de fuerza, en realidad [el decálogo] es una gran liberación. A primera vista parece que todo son limitaciones en torno tuyo, pero realmente se trata de recuperar la esencia del cine al privar a las películas de sus ornamentos técnicos y dejarlas en su esencia: la historia relatada”.

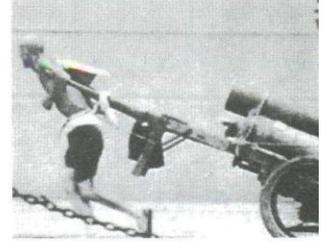
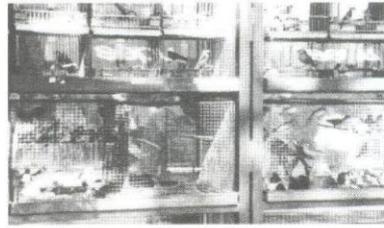
Pero, ¿qué hay realmente de limitador en este polémico corsé voluntario? Repasemos estos —aún no olvidados— mandamientos: 1. El rodaje debe realizarse en exteriores. No se utilizarán ni accesorios ni decorados. 2. El sonido debe ser directamente tomado de la acción. 3. La cámara debe ser soste-

nida en la mano. 4. La película se rodará en color y no habrá iluminación especial. 5. Los trucajes y filtros de luz están prohibidos. 6. La película no debe contener ninguna acción superficial (muertos y armas en ningún caso) 7. Los cambios temporales y geográficos están prohibidos (la acción sucede aquí y ahora) 8. Las películas de género no son válidas. 9. La película se rodará en formato de 35 mm. 10. El director no aparecerá en los títulos de crédito.

Si no pertenecemos al sector de los que despa- chan el asunto declarándolo una simple bobada y pasamos a la siguiente fase, varias cuestiones nos asaltarán de inmediato. ¿Cuáles son los aspectos atacados por el decálogo? Mi propuesta: la vana espectacularidad, el efectismo para descerebrados, los omnipresentes movimientos de grúa, la estética publicitaria, el preciosismo, la truculencia, la auto-referencialidad, los tópicos manidos, la detestable proliferación de remakes, la cine-necro-filia...

Me pregunto cómo es posible no sentir repugnan- cia ante el negativo que se extrae de este decá- logo y que resume en gran parte el cine que hemos sufrido en las últimas décadas. Cómo no sumarse a la defensa de este Dogma (que Bertolucci me perdone la cita espuria) “que dice con irónicas pala- bras lo que todos llevamos en el corazón”: que el cine, por encima de todo, lo constituyen las his- torias, que todo intento de renovación pasa por rescatar al guión de debajo de la basura que lo tiene sepultado. Quizás me equivoque, pero sostengo que tal obviedad, pudorosamente ausente, sin embar- go, de muchos discursos críticos, es en su simpli- cidad lo que subyace bajo la provocación de los daneses.

Ya en 1995, cuando Lars von Trier y Thomas Vin-



terberg definieron el decálogo y presentaron su primer producto, mi fascinación fue inmediata. Reunía demasiados elementos sugerentes como para pasar a su lado indiferente o —tal y como erraron no pocos— para restarle importancia. Reminiscencias ascéticas, un cierto tono moralista combinado con un afán provocador y algo gamberro prometían nuevos aires. Y en gran parte los han traído. Cinco años después el balance es positivo, las dos primeras películas, *Los Idiotas* y *Celebración*, son sendas joyas de la última década del siglo y *Mifune* —último de los Dogmas que he podido ver— ha conquistado el Oso de Plata de Berlín en su edición de 1999 y un notable éxito en los circuitos de arte y ensayo europeos.

Dos son las condiciones en que se basa el éxito —por lo menos hasta el momento— de este fenómeno. En primer lugar, no se trata de un grupo de cineastas novatos (ni siquiera se trata de un grupo), los realizadores de los tres primeros dogmas estaban lejos de ser noveles. De la trayectoria de von Trier ni hablaré; ya en su *El elemento del crimen* demostró más madurez y originalidad que muchos veteranos. Thomas Vinterberg, autor de *Celebración* (a mi juicio la mejor de las tres), tenía en el momento de realizarla un buen puñado de películas a sus espaldas. En el caso de Kragh-Jacobsen, baste decir que *Mifune* es su octavo film y que ya había obtenido el Oso de Plata en el año 96 por la más que correcta *La isla de Bird Street*. Además, una característica común da crédito a su discurso, su dogmática reconversión ha tenido lugar tras haber dirigido producciones de notables dimensiones, y ya se sabe: es más difícil renunciar a lo que se tuvo que a lo que nunca se ha conocido.

El segundo elemento al que me he referido tiene

que ver con la frescura de su composición. Y me arriesgo a proponer una fórmula: Dogma = Moralismo + Gamberrada. Que los principios del decálogo tienen y persiguen un trasfondo de idealismo crítico no creo que se le oculte a nadie, así que pasemos directamente a lo de la gamberrada. Basta con ver la cara de niño grande de Lars von Trier, o mejor, la primera parte de *Los Idiotas* para darse cuenta de cómo el humor y la provocación enmascaran, en el caso de este director, unas convicciones y certezas nada banales. El humor, a veces excesivo, se muestra como único medio de abordar esos conflictos de baja intensidad que Dogma usa como despensa argumental. Historias que nos obligan a echar una mirada al reverso tenebroso del buen funcionamiento social europeo o a la sacrosanta institución familiar. Pero nunca a través de un discurso crítico directo, nunca a través de un miserabilismo trasnochado, el absurdo y la provocación son la nueva vía.

El texto del certificado que acompaña la exhibición de las películas Dogma finaliza así: “Además juro que como director me abstendré de todo gusto personal. Ya no soy un artista. Me abstendré de crear una obra, porque considero que el instante es más importante que la totalidad. Mi fin supremo será hacer que la verdad salga de mis personajes y del cuadro de la acción. Juro hacer esto por todos los medios posibles y al precio del buen gusto y de todo tipo de consideraciones estéticas”.

A pesar de su declaración de objeción autorial, tanto Lars von Trier, como Vinterberg y Kragh-Jacobsen fueron vistos, agasajados y laureados en los festivales de Cannes y Berlín. Pero quién puede reprochárselo ¿acaso existe algún dogma sin contradicciones? Larga vida al Dogma.